

Poca Música

por Cristián Huneeus

Pese a nuestros temores al respecto, Mr. F. no mostraba huella visible del sacrificio que le habíamos impuesto. Era un cincuentón de cuerpo lleno, facciones toscas y cabello castaño rebelde. Objetos como sandwiches en pan francés le abultaban los bolsillos de la chaqueta a cuadros. En su mano izquierda, de dorso peludo, sostenía una pipa y le apisonaba constantemente la carga, taponeándola con la yema amarilla de un pulgar a prueba de fuego. Al apartarnos del tren detenido y dirigirnos, ya abaxado el golpear de puertas de los vagones, hacia las afueras de la estación, le observé un andar curioso, algo inclinado hacia adelante, con cierta tendencia al paso rápido, que bien podía ser su respuesta al llamado doméstico de la televisión y las pantuflas, pero que sentí revelador de algo más, de un cierto hábito de esquivar el bulto.

Hombre de pocas palabras, Mr. F. dió estrictamente lo necesario: que el tren había llegado sin retraso. Cargamos su Austin azul, bordeamos el Royal Station Hotel, que con sus ventanas iluminadas parecía la pechera condecorada de un general, y nos internamos en la formación de casas en tenida de servicio gris. Mr. F. sólo agregó que nos llevaba a la Abercrombie Guest House, lugar confortable y central, y que al día siguiente deberíamos estar a las diez de la mañana en la Universidad Cottingham Road. Bus número doce, paradero en la esquina de la guest house. Para conocer a los profesores con que yo venía a trabajar. La elocuencia que Mr. F. no poseía, se desencadenó silenciosamente en mi interior a la mención de "los profesores con que yo venía a trabajar". Porque el hecho era inescapable: yo venía "a trabajar" con "unos profesores"; es decir, había realmente "unos profesores" (con los que yo venía "a trabajar") y esos profesores me esperaban mañana a las diez en la Universidad. La reunión cumpliría un doble fin: yo los conocería a ellos y —lo que resultaba doblemente inquietador— ellos me conocerían a mí. Entre mis papeles yo traía una carta, con membrete del Consejo Británico, en la que aparecían los nombres de aquellas eminencias (después de todo, uno no recorre la mitad del mundo para "trabajar" si no es para hacerlo con eminencias), a quienes llamaré, de modo presuntamente figurado, Prof. Humph y Mr. Mop. Entre los papeles suyos, Prof. Humph a quien atribuiré la edición más reciente, y para gloria suya, la única edición reciente, de *The Rule and Exercises of Holy Living*, Jeremy Taylor, 1613—1667), y Mr. Mop (a quien haré editor de obras como *Love and a Bottle*, *Love in a Wood* y *Love in a Tub*, De Farquhar, Wycherley, y otro disoluto dramaturgo de la Restauración, cuyo nombre se me escapó), tenían, entre los papeles suyos, como he dicho, una carta, con membrete del Consejo Británico, en la que aparecía mi nombre más algunos datos cuya inclusión había sido programada por mí mismo: fechas, cursos, diplomas, tema de memoria, grado, O.C., etc. Perfilaban una sujeta convenientemente académica, ambiciosa, múltiple

yabezada. Ahora quedaba por exclusiva culpa mía, la oportunidad de comparar aquella "obra escogida" con la obra gruesa de mí mismo en cuerpo presente. La espiral de mis inseguridades giró vertiginosa, y no dejó de sorprenderme que incorporase elementos extraños como una lavandería, dos salas de cine, un supermarket, la sucursal de Marks & Spencer (red nacional) y, lo que vino a causarme gran alarma, nada menos que Sir John Barbirolli.

"Sí", decía Mr. F., "en quince días más viene a Hull", pronunciando la u como en "butro", "al Town Hall". Los music-lovers se han movido rápido para obtener entradas. ¿Are you music-lovers? El Consejo ha reservado algunas por si lo son". El mismo no tenía aspecto de music-lover pero los amantes de la música son una fauna irreconocible fuera de los intermedios en las salas de conciertos. Mi mujer le preguntó si él era un music-lover. "Nada especial. Llega poca música por estos lados". No bien lo admitió, asomó un conflicto en sus cejas hirsutas: había hablado mucho, rompiendo su parquedad inicial; por otra parte, había dicho demasiado, y no le quedaba sino seguir hablando. "Pero la BBC, el Third Programme, transmite música muy buena todas las tardes". "¿Tiene la BBC una estación local?", pregunté, sabiendo que no la tenía. "No, transmite desde Londres". Y con cierto énfasis, agregó: "En el Consejo tenemos un buen equipo estereofónico y una colección de música clásica". Pero tal vez dudó de las bondades de la colección, porque siguió: "Si ustedes tienen sus propios discos, los pueden traer y escuchar en nuestro equipo". No teníamos, lamentablemente, discos propios. Mr. F. cambió el rubro de los esparcimientos que ofrecía. "También tenemos ajedrez, damas, monopolio y ping-pong en el Consejo. Organizamos visitas a lugares de interés histórico y a otros sectores. Pronto se celebra la independencia de China y nuestros becarios ghanianos nos han solicitado la casa para dar una fiesta. Por norma, en estas ocasiones, se invita a todos los becarios. Esperamos tener el gusto de contar con ustedes dos. "Pero la infidencia que había motivado esta enumeración de placeres a nuestro alcance aún le escocía. "Si ustedes son aficionados a la cultura", prosiguió, "les interesará saber que la próxima semana una compañía local estrena "La ratonera", de Agatha Christie. ¿Les gustaría que los pusiera en la lista para comprar entradas?". Sí, claro que sí. Mr. F. Muchas gracias por su atención.

Los buses de Hull, de dos pisos como en toda Inglaterra, eran azules. Las luces de la ciudad eran de un color naranja que agredía ferozmente las caras de los transeúntes y denunciaba los tonos de sus ropas. La Abercrombie Guest House, casona de ladrillo gris en medio de un jardín con arbustos y senderos de macillico, quedaba frente a un parque, al parecer grande, pues se perdía más allá de los faroles en la sombra brumosa de la noche. Bajamos nuestros bártulos del Austin. Hacía frío. Una señora regordeta de pelo canoso en una malla, zapatones contundentes y delantal floreado, nos fue presentada al pie de la escalinata por M. F., y una chica mongólica, a la que llamaban Dorothy, nos ayudó a subir el equipaje a un cuarto en el segundo piso. Mr. F. se despidió y cambió algunas palabras con la dueña. Desde nuestra ventana (curioso hábito verbal: la llamé "nuestra") lo vimos subir al auto, llevándose a la boca un sandwich que había sacado del bolsillo. Satisfecha así nuestra curiosidad, nos volvimos a "nuestro" cuarto. Era una pieza enorme, de techos altísimos, con un gran ropero de espejos, una cama matrimonial descomunadamente ornamentada, y un papel en las paredes que multiplicaba las flores del delantal de nuestra anfitriona. Desmentía extrañamente la intimidad de la angosta escalera alfombrada y la del baño, un pequeño cuarto de madera agregado a la casa en un rincón. Pensando que allí, metidos dentro de la tina o tendidos en un colchón sobre el linóleo, habríamos dormido mejor, apagamos la luz de aquella habitación desoladora en la que, hostigados por nos de un sueño omíneo, pasamos nuestra primera noche de Hull cuya "u" se pronuncia localmente como "buria".